

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó en Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. = *Teatro del Balon, por D. Francisco Flores Arenas.* = *Dos palabras sobre la reapertura del Principal, por D. Francisco Flores Arenas.* = *Rugier de Lauriga. Segunda parte, por doña Felicitas Asin de Carrillo.* = *Geroglífico.*

TEATRO DEL BALON.

LA CABAÑA DE TOM, Ó LA ESCLAVITUD DE LOS NEGROS. *Drama de espectáculo en seis cuadros.*

No hay quizá novela alguna de aquellas cuya publicacion ha cautivado el interés público, que no haya dado argumento á uno ó á muchos dramas; y esto se comprende por varias razones. La primera, porque ya llevan en su mismo título una garantía del éxito, se entiende para aquella casi generalidad del público que buscando ante todo el interés se cuida poco ó nada de las formas. La segunda, porque en esa ansia febril que á muchos autores aqueja de renovar sin descanso ni tregua los espectáculos de bombo y platillos, es comodísimo al par que lucrativo para ellos el encontrarse con gran parte del trabajo hecho, y así con dialogar media docena de párrafos de aquí y de allá, hilvánndolos de modo que dure todo ello tres ó cuatro horas, ya tenemos un drama vestido y calzado, que no haya mas que levantar el telon. El pintor y el maquinista hacen el resto, que no es por cierto lo de menos, y con tal que haya cuatro ó cinco rocas, y uno ó dos torrentes, y precipicios, y cavernas, y que zumbe la vegiga á modo de huracan, y que redoble la caja de truenos, y que se vean relámpagos de pez quemada, y que los espectadores oigan como quien oye llover, es seguro que no habrá que pedirle al éxito, y que se cobrará una buena propiedad sin calentarse mucho el meollo. Esto ya es algo.

Con tales antecedentes no se extrañará ya por nadie la semejanza de corte que se encuentra en todos los dramas que han debido el ser á novelas. Aquellos no pueden menos de conservar una parte del interés de estas, y aquí está el secreto de su fortuna en la escena; pero en cambio siempre echa-

mos de ver que el argumento no cabe en los actos, por mas que ellos sean siempre numerosos; que muchos personajes, á primera vista importantes porque como tales se anuncian en alguna escena, desaparecen por completo en el resto de la obra, sin dejar huella, sin coadyuvar en lo mas mínimo á la accion, sin producir resultado de ninguna especie; que habiéndose de reducir á algunas hojas lo que la novela abarca tal vez en muchos tomos, los acacimientos se atropellan y se precipitan, los pormenores que han de enlazarlos no tienen allí cabida en su mayor parte, y casi frecuentemente se presentan los hechos ó como ininteligibles ó como inesplicables, al menos de un modo racional.

Apliquemos lo espuesto al drama en cuestion, que es uno de los muchos que se han sacado de la célebre novela del mismo nombre publicada pocos años há.

Supónese principiar la accion en el estado de Kentucky y en casa de Mr. Shelbi, hacendado del pais y propietario de esclavos, entre los que se cuentan una bella cuarterona llamada Elisa, y su hijo Enrique, niño de seis á siete años. El esposo de esta última es un mulato llamado Jorge, de la propiedad de un Mr. Harris, mulato tambien, ex-esclavo y muy rico, el cual es el hombre malo del drama, como desde luego se comprende por su cara aviesa, su mirada torcida, su hablar gordo y su pegar fuerte. Jorge era un esclavo de alquiler, como pudiera serlo una mula, y Shelbi lo habia tomado en arrendamiento, casándolo despues con la ya dicha cuarterona.

Los negocios de Shelbi no iban sin embargo muy en popa. Debía á Harris cuatro mil dollars y no tenia como pagarle.

En este punto recibe la visita de un Mr. Saint-Claire, rico negociante de Nueva-Orleans, que con su hija única, la bella é interesante Evangelina viaja por lo que viajan todos los anglo-americanos, por costumbre, por fórmula.

Mientras los huéspedes recorren los talleres de Shelbi, Harris con un jóven sobrino suyo llamado Eduardo, aparece allí para pedir á aquel el dinero que le debe, y para rescindir el contrato de Jorge su esclavo, á quien se va á llevar á consecuencia de los grandes elogios que de él le hace su arrendatario; en lo que el tal, si pudo obrar con justicia, lo

hizo con no menor torpeza mercantil. Despues de palabras agrias de parte á parte, despues de amenazas y de latigazos al recalcitrante esposo de Elisa, á la que Harris ha empezado á codiciar, queda el sobrino Eduardo en la ejecucion del presente decreto de divorcio, á causa de que el matrimonio no habia recibido el *exequatur* del amo, y como Jorge se resistiese, he aquí que el sobrino levanta el látigo, y lo que es mucho peor aun, lo deja caer sobre las costillas del mulato, haciendo arrancar un grito de dolor á su muger y á su hijo. Pero Evangelina aparece allí para afeár á Eduardo su proceder, y como al cabo las razones de la jóven se presentaban á aquel mucho mas persuasivas por salir de tan bellos labios, concluye el tal por jurarle sólememente que no volverá á pegar jamás á ningun esclavo. Los jóvenes se dan la mano, el soplo de la simpatía parece como que ha empezado á orear ambos corazones. El heredero de un millonario, la hija única de un acaudalado negociante, forman dos elementos matrimoniales magníficos en cualquier pais, y mucho mas que en otro alguno en los Estados-Unidos.

He aquí, nos dijimos al vernos en aquella escena, dos personajes que auguran ser de gran interés en el drama. Hé aquí un principio de amores que promete ser fecundo en resultados para la causa de la esclavitud en aquellos paises. Sin embargo, grande fué nuestro chasco al ver que ni se vuelve á hablar del tal Eduardo, ni le vemos mas el pelo á la tal Evangelina, ni sabemos en adelante de esta ni de su padre sino por una referencia fugaz.

Pero volvamos á Shelbi, que ofendido quiere vengarse de los ultrages de Harris, para lo cual tiene que principiar por buscar dinero para pagarle. Válese al efecto de Haley, traficante de esclavos, el cual le apronta los cuatro mil dollars como precio de venta de dos de ellos que elige: estos son el niño Enrique, y Tom, viejo negro muy querido de su amo. Shelby vacila, se resiste, pero necesita vengarse; y firma la escritura aunque con dolor. No hay duda, dijimos, de esta acaban con el hombre malo.

Segundo chasco. Ni Shelby se venga de Harris, ni vuelve tampoco á asomar la cara á la escena, ni hay quien de él se ocupe en adelante para nada. Tambien se hundió por escotillon como Eduardo, como Saint-Clair y como Evangelina.

Elisa, oculta tras una puerta, escucha la venta de su hijo, y no pudiendo resignarse á esta separacion lo toma en sus brazos y huye. Harris y Haley los persiguen con perros cazadores. Los fugitivos pasan el Ohio sobre los témpanos de hielo, llegan á casa del senador Bird, acérrimo anti-abolicionista, el que sin embargo los acoje, reanima sus estenuadas fuerzas, y al ver llegar á sus perseguidores, encierra á estos y huye con aquellos con el fin de ponerlos en salvo. Defiéndolos á escopetazos en el campo y hiere á Haley, lamentándose entre tanto de todas las ilegalidades que comete, él, un miembro del congreso, un sostenedor de la esclavitud y de los derechos de los amos.

Haley el traficante, convalece de su herida y se

vuelve hombre de bien, que nada menos que un balazo se necesitó para conseguirlo. Harris nó, sin duda porque habia menester otro argumento de igual calibre. Jorge, auxiliado por el senador, huye al Canadá, y allí logra reunir algunos miles de dollars, con los que vuelve y compra á su muger pujándola en una venta pública; pero Harris, que ha llegado tarde para disputársela, puja al niño Enrique y se queda con él, agotados como lo estaban ya los recursos de su padre y de Bird.

Finalmente, el hombre malo amenazado por la pistola de Jorge, se evade con engaño, y dispone para vengarse que el niño sea precipitado en el rio por un negro; pero él es á su vez herido mortalmente por su propio puñal que otro negro le presenta, y este mismo, enterado de la venganza que maquina, salva á Enrique en el momento de ser asesinado. Haley compra todos los esclavos del difunto y les dá libertad.

Pero se me dirá: ¿y ese Tom cuya cabaña da nombre al drama, qué hace? ¿cuál es su importancia en el argumento? ¿qué cosas son las que suceden en su cabaña?

Tom es un negro ya viejo, muy honrado, que dá muy buenos consejos, al que le pegan cada zorra que lo desloman, y al que compran y venden allí tres ó cuatro veces; pero que en la accion sirve de muy poco, y en todo rigor ella pudiera muy bien existir sin semejante personaje, bien secundario por cierto.

Respecto á su cabaña, solo hay el que van á refugiarse allí por breves instantes Elisa y su hijo, y que á ella viene á buscarlo Haley para llevárselo despues de haberlo comprado. Ni allí sucede mas ni tiene mas lances el asunto.

Para amenizar en algun tanto el espectáculo se ha dado cabida en él á dos negritos, Bengali y Filemon, que hablan como los del Nacimiento de la Tia Norica, y de los cuales uno de ellos sirve allí harto mas que el sentencioso Tom.

Reasumiendo diremos; que este drama, defectuoso segun se ha visto en las formas, se oye con interés y se espera el fin en medio de la conmocion que producen ciertas escenas de sentimiento y de verdad, alternadas con otras de toques mas chillones que vigorosos. No aceptamos como artísticamente bueno al género; pero la verdad es que lo preferimos con mucho á ese otro pretencioso, lánguido y palabrero, donde las escenas son trivialidades de tertulia y la diction mero sonsonete. Allí al menos se pueden hallar emociones, allí al menos el aliciente del interés cubre con frecuencia ciertos defectos de verosimilitud, ciertos estravíos de la accion.

Por eso los aplauden aquellos públicos que, como el del Balon, se distinguen por su buena fé. Por eso ahora ha sido aquí aplaudido este, como lo serán otros de igual especie, si hay acierto en la eleccion, y esmero en la manera de ejecutarse.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Dos palabras sobre la reapertura del Principal.

El orden establecido en los trabajos de la redacción de este periódico no nos da tiempo para entrar hoy en pormenores acerca de las primeras funciones de la nueva compañía lírica, y de las importantes mejoras que ha experimentado este coliseo, así en su aspecto como en su distribución. Sin perjuicio de hacerlo en otro número, adelantaremos en este dos palabras para decir que una y otra cosa han sido muy bien recibidas del público, y que la Sra. Peruzzi, no obstante su indisposición, y los Sres. Selva y Landi, fueron estrepitosamente aplaudidos, con especialidad en el tercer acto de *Lucrecia*, después del cual, y más tarde al concluir la ópera, fueron llamados á la escena.

El teatro estaba brillantísimo y radiante. La temporada se inaugura bien.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

RUGIER DE LAURIGA.

NOVELA ORIGINAL

POR

D.^a FELÍCITAS ASIN DE CARRILLO.

SEGUNDA PARTE.

(CONTINUACION.)

Como Rugier no habia ido allí con objeto de convertirse en espectador inactivo y curioso, trató inmediatamente de aprovechar todo aquel barullo y confusion para ir derecho hácia su principal objeto, el cual estaba reducido, como el lector habrá podido comprender, á ir á reunirse con Catalina y salvarla ó morir con ella en último extremo. En su consecuencia dió prisa con halagos y amenazas al hombrecillo que le sirviera de guía, y que á decir verdad iba ya sacudiendo los vapores del vino, con lo cual después de abrir entre ambos una puertecilla secreta practicada en uno de los ángulos de la fortaleza, comenzaron á descender por una especie de rampa subterránea, que en concepto de Rugier debia conducirlos al sótano donde estaba enterrada en vida su inocente y desventurada esposa. Rugier no se engañaba, y el hombrecillo vino á confirmárselo así durante el diálogo que á la sazón entablaron: En aquella conversacion se cifraba la mas grande esperanza que Lauriga hubiera podido apetecer.

—Ya estamos cerca, dijo de pronto el llavero del castillo tomando aliento y con aire risueño; pero lléveme el diablo si acierto á comprender lo que quereis hacer en estos instantes con esa pobre jóven. El señor D. Juan de Lara queria que os presentáseis á él antes de que fuese de día y en lugar de presentaros.... ¿no temeis su rigor, señor alcaide?

—Y quién te asegura que ya no le he visto y que no estoy de acuerdo con sus deseos? preguntó Rugier que acababa de concebir un proyecto encaminado á obtener el logro de su difícil empresa.

—Si le habeis visto, en ese caso lo mismo que en todos los demás, yo lavo mis manos y os obedezco; para eso sois mi jefe inmediato.

—Segun me parece haber adivinado, el padre Gerardo no es santo de tu devocion.

—Y cómo quereis que lo sea? Es tan misterioso en todas sus cosas y tan mal intencionado!... Nunca me ha dado la mas ruin moneda para echar un trago á su salud. Se parece á vos, á vos tan generoso, tan cumplido y tan bueno para conmigo. Pero ya sabeis que os quiero, que estoy dispuesto á servirlos en cuanto me mandeis, y que por vos me jugaria la cabeza. Mandadme que me tire al rio desde lo alto del muro y vereis, ya vereis si Pero Hernandez os obedece de buena voluntad.

—Dime, y si se tratase de dar una pesada broma.... es decir, de inutilizar un plan inicuo formado por el padre Gerardo, ¿me obedecerias?

—A ciegas, señor; si supiérais lo malo que es ese fraile!.... Cuando no viene con vos y me manda abrir el calabozo de la prisionera, me dan tentaciones de ahogarlo. Tiene una voz dulce como la de un ángel; pero con eso y todo, cuando habla, la pobre prisionera tiembla, palidece, y mas de una vez la he visto caer á sus plantas desmayada.

—Se me figura que la quereis un poco, confiésalo.

—Pues ya se ve que la quiero! es tan bonita y vive tan resignada! Creedme, señor; si yo no fuera un pobre diablo, de seguro que un día....

—Espílicate.

—Me perdonareis si os digo un disparate?

—Sí, te perdono, habla.

—Pues os aseguro por las orejas de mi suegro, que son las que debia cortar el señor D. Juan de Lara, que mas de dos y de cuatro veces he tenido intenciones de abrir la prision de esa jóven y largarme con ella cien leguas de Tordehumos. Si no lo hice fué por no perjudicaros.

—¿Y cómo habias de realizar semejante proyecto?

—¿No sabeis que junto al calabozo de esa infeliz hay una puerta secreta que solo vos y yo conocemos, y que conduce á la gran mina cuyo extremo se comunica con la cueva del monte del retamar?

—Sí, sí, contestó Rugier con profunda emocion; me acuerdo, me acuerdo.

El capitán tuvo necesidad de apoyarse en un paredon húmedo y sombrío, porque se sentia abrumado de un júbilo inmenso, que sin embargo no estaba exento de angustia. El corazón le saltaba dentro del pecho, y un sudor copioso, frio como la nieve, inundaba su rostro. Su situacion era semejante á la de un náufrago que ve en medio de las agitadas y revueltas ondas del mar, el puerto anhelado, al cual no sabe si le será posible llegar luchando desesperadamente.

Aquel hombre tosco, de aspecto ruin, embriagado por los vapores del vino, le hacia vislumbrar el

faro luminoso de un porvenir lleno de amor y de ventura. Su suerte, su esperanza, su vida, estaban en manos de aquel hombre.

Rugier tenia precision de continuar fingiendo y disimulando sus emociones. Todo estaba perdido en caso contrario. Si aquel hombre caia en la cuenta de que no estaba hablando con Gonzalo, Rugier tendria que matarle. ¿Cómo salvar en este caso á Catalina si no conocia el terreno que pisaba, ni aun siquiera el modo de salir de aquel subterráneo?

Afortunadamente Pero Hernandez se mostraba muy ageno de que bajo la armadura de sú desdichado amo se ocultase un hombre procedente del campo sitiador.

Pero Rugier tenia que precipitar los acontecimientos redoblando sus esfuerzos. Era preciso abordar la cuestion, evitar el peligro y salvar á Catalina. ¿Qué no hubiera hecho él por conducirla en sus brazos lejos, muy lejos de allí? Por eso trató de sondear hasta lo mas profundo los pensamientos de su interlocutor y le dijo:

—Oyeme, Pero Hernandez, óyeme y serás el árbitro de mi suerte: yo amo á la prisionera, su vida es mi vida y sin duda quieren matarla.

—Pero es casada, señor, ¿no lo sabeis?

—¿Y qué te importa? ¿no ves que Gerardo y el de Lara la quieren matar? ¿no ves que va á ser víctima del mas negro rencor y de la mas horrenda perfidia?

—Sí, sí, estoy convencido de ello; pero....

—Ya lo ves, continuó Lauriga dejándose arrastrar por sus propios sentimientos y olvidándose de desfigurar su voz como lo habia hecho hasta entonces: ya lo ves, la pobre, la inocente, la hermosa Catalina espirará de dolor, tal vez por medio del puñal ó del veneno, y tú serás responsable á los ojos de Dios; Oh! sí, porque su sangre caeria sobre tu cabeza.

Pero Hernandez habia retrocedido con espanto convencido de que el hombre que estaba junto á él no era el alcaide del castillo. Su mano empuñó repentinamente un afilado puñal que llevaba en el cinto, y sus ojos calcularon en un instante la distancia que mediaba entre él y el desconocido.

Rugier atajó su accion con viveza, y cogiéndole un brazo con mano férrea, le hizo soltar el puñal que resonó en el embaldosado del pavimento.

—Desdichado! dijo, ¿no conoces que tu amo está en mi poder y que vas á perderle perdiéndome á mí?

El llavero del castillo quedó inmóvil, petrificado de espanto. El infeliz hubiera dado efectivamente su vida por Gonzalo, y creyó desde luego que este sufriria las consecuencias de su imprudente proceder.

La forzosa supérchería de que Rugier habia tenido que valerse para enmendar su torpeza, habia producido su efecto.

CAPITULO XXVI.

Pero Hernandez miró con desaliento el puñal

que yacía á sus plantas y exclamó lleno de inquietud:

—Mi amo, mi amo! qué habeis hecho de él?

—Tu amo morirá sin remedio si no haces lo que yo te mande. Escucha y obedece.

El hombre guardó silencio y Rugier continuó.

—Se trata, dijo, de una buena accion que Dios verá con buenos ojos y que yo te recompensaré con largueza; se trata de salvar á esa pobre mártir y en cambio de este servicio yo te haré rico y feliz; serás tan libre como el aire y te daré oro, mucho oro. Tienes familia?

—Tengo hijos, señor.

—Están en Tordehumos?

—No, señor, residen en Zaragoza.

—Precisamente el punto á donde tenemos que ir; tú vendrás allí conmigo, verás á tus hijos y nunca les faltará el pan. Vamos, decídetes.

—Pero quién sois? qué quereis de mí?

—Necio! ¿no ves el afán con que te hablo? ¿no conoces que soy el esposo de esa pobre jóven cuya suerte te inspiraba tanto interés?

—Cómo ¿seréis vos el valiente y honrado capitán D. Rugier de Lauriga?

—El mismo: quién te ha dicho mi nombre?

—Lo ha pronunciado tantas veces delante de mí la prisionera!

—Pobre Catalina mia!

—Pero ella os cree muerto y si os ve de repente....

—Dios mio! eso le han dicho?

—Os quiere tan mal el padre Gerardo!

—Sí, sí, murmuró Rugier; se han propuesto asesinarla.

—Me dais una palabra, caballero?

—De qué?

—De no hacer uso de nuestro secreto para que tomen la plaza.

—Te comprendo y puedes estar tranquilo. Las tropas del rey de Castilla no entrarán por la puerta que tú me franquees; te lo juro.

—Pues siendo así, vamos á salvar á vuestra esposa. Vos cuidareis luego de hacer otro tanto con D. Gonzalo mi amo.

Pero Hernandez se acercó á una puerta, introdujo una llave en la cerradura, y al cabo de un instante se hallaron en un pequeño patio.

Era completamente de día.

En un ángulo de aquel patio se veia el arranque de una escalera estrecha, pendiente y casi derruida.

—Subamos por allí, dijo Pero Hernandez adelantándose.

El buen hombre se detuvo sin embargo y miró con ojos atónitos al capitán.

Acababa de llegar hasta ellos un ruido infernal de voces, golpes y juramentos.

Entre aquellas voces que se percibian no muy lejanas, se escuchó el acento de un hombre que gritaba:

—Abajo, abajo esa puerta.

Resonaron de nuevo los golpes, luego siguió un instante de silencio y despues....

Rugier de Lauriga creyó que le desgarraban las entrañas.

Un grito agudo, vibrante, un ¡ay! de angustia escapado del pecho de una mujer que imploraba socorro, llegó clara y distintamente hasta sus oídos, y halló eco en lo más profundo de su alma.

—Es ella! infortunada! exclamó Pero Hernandez señalando hacia arriba.

Rugier no pudo escucharle, presa de un vértigo terrible que se apoderó de él instantáneamente, tiró de la espada y se precipitó hacia la escalera que salvó con increíble rapidez.

Pero Hernandez le siguió deseando salvarle.

Cuando Rugier concluyó de subir se halló al principio de un estenso pasillo que á uno y otro lado tenia varias puertas. Era una especie de galería sumamente estrecha que sin duda servia de tránsito á las prisiones del castillo.

Rugier vió al final de aquella galería una puerta mas grande y en el umbral de ella, prontos á salvarla, una porcion de hombres que se alumbraban con teas encendidas y que llevaban entre sus brazos el cuerpo inanimado de una mujer.

El capitán corrió hacia ellos sediento de sangre y de esterminio. Quería morir matando, porque acababa de perder su última esperanza.

—Teneos, infames, teneos, gritaba rugiendo de cólera y sin cesar de correr.

Sus tentativas fueron inútiles.

De repente todo quedó á oscuras, las hojas de aquella puerta giraron sobre sus goznes, y los hombres que acababan de pasar por ella desaparecieron como sombras fugaces que se desvanecen y huyen para no volver jamás.

Rugier lanzó un nuevo grito, y en su rabia impotente y ciega golpeó con su espada la maciza y pesada puerta, cuyas chapas de hierro, golpeadas inútilmente, produjeron un ruido bronco y desagradable.

Entonces quiso volver atrás con objeto de buscar una salida cualquiera que le condujera al peligro.

Hubiera querido afrontar la cólera de los defensores de Tordehumos, pedirles á su esposa y arrojarles un guante á la cara.

Pero Hernandez le detuvo y le dijo con aire de convicción:

—Si quereis pelear seguidme; os voy á indicar el camino de la cueva del monte del Retamar. Una vez allí podeis volar al campo sitiador.

—Pero y mi esposa? y Catalina?

—Vuestra esposa está en poder de D. Juan de Lara; he podido reconocerla desde lejos, y solo como os hallais será imposible que trateis de arrebatársela.

Rugier guardó silencio como si estuviese meditando y luego exclamó:

—Pronto! sácame de aquí; si no puedo romper los lazos que la oprimen, cuando menos la vengaré: oh! sí, yo la vengaré.

—Y mi amo, señor? y el pobre Gonzalo?

—Si quieres verle, sígueme; tal vez llegues á tiempo de prestarle un inmenso servicio.

El capitán advirtió que su acompañante acababa

de abrir una puerta secreta en la cual no habia reparado hasta entonces y ambos se precipitaron por ella.

Media hora despues Rugier de Lauriga se hallaba en el campo sitiador, al lado de D. Lope de Haro. Uno y otro montaron á caballo y fueron á saludar al rey que vestia una brillante armadura y que les recibió con la mayor afabilidad.

La hora del combate habia sonado. Lauriga y D. Lope se pusieron cada cual al frente de una parte del ejército y avanzaron lentamente por distinto camino en direccion de la villa sitiada.

Los dos amigos fueron recibidos por una lluvia nutrida de proyectiles y armas arrojadas; pero ninguno de ellos retrocedió un ápice porque ambos anhelaban una misma cosa.

D. Lope estaba en la inteligencia de que Catalina no existia.

Rugier de Lauriga la consideraba perdida tal vez para siempre.

Los dos llevaban su imagen dentro del alma y estaban haziados de la vida. Por eso querian poner honroso término á su amor y á sus padecimientos.

CAPITULO XXVII.

D. Lope que no sabia nada de lo que durante la noche anterior habia pasado al pobre capitán, se halló sumamente confuso cuando al amanecer penetró en su tienda y la encontró deshabitada y desierta.

Entonces se acercó á la que ocupaba Fernando de Mallorca, quien tambien mostró ignorar el paradero de Lauriga.

D. Lope hizo que le buscasen por todo el campamento y nadie pudo darle razon.

Algunas personas dijeron que le habian visto alejarse de allí, solo y á pié; pero no le habian visto volver.

En vista de estos informes el de Haro mandó que se le buscasse por todas partes, aunque fuese al pié de las murallas de Tordehumos.

Fernando de Mallorca quiso ser de la partida, y marchó en busca de su amigo y libertador.

El ejército se puso en movimiento porque el rey queria que no se demorase el asalto.

D. Lope hizo que le tragesen su caballo de batalla, y ya ponía el pié en el estribo, cuando vió llegar á Lauriga que corria jadeante y como fuera de sí.

Lauriga tornaba solo al campamento, y apenas llegó á él y apretó entre sus brazos á D. Lope, pidió á voces otro caballo y saltó sobre la silla veloz como el rayo.

D. Lope quiso hacerle algunas preguntas y Rugier contestó á todas ellas con estas solas palabras:

—A Tordehumos! guerra! guerra!

D. Lope le hizo observar que antes debian tomar la venia del rey, y ambos, segun hemos dicho en el anterior capítulo, se acercaron al rey que acto continuo les dió la orden de acometer.

El monarca se quedó al frente de un tercer cuerpo de reserva.

D. Lope miró en distintas direcciones, y viendo que Adrian no parecía por ninguna parte, dejó que su amigo tomase el rumbo que quisiese.

Rugier se dirigió á la derecha y el de Haro avanzó hácia la izquierda.

Entonces llovió sobre ellos multitud de dardos, venablos y piedras, disparadas con precision y fiereza desde lo alto de las murallas. Los sitiados bajaron luego un puente levadizo y por una de las puertas de la villa, salieron formados en batalla muchos combatientes, que sin duda querian luchar cuerpo á cuerpo con la misma bravura que sus acometedores.

El de Haro volvió á tender la vista y dejó que Lauriga se lanzase con los suyos al encuentro de los que salian de la plaza.

D. Lope pudo adquirir el convencimiento de que Adrian no estaba entre aquellos combatientes.

Durante la noche y en ausencia de Rugier, se habia propuesto evitar que este se encontrase con el hermano de Catalina.

Sabia positivamente que Adrian estaba sediento de sangre y que Lauriga no queria medir su espada con la espada de Adrian.

Por eso buscaba en medio del peligro al joven Montalvo, y no viéndole por ninguna parte se complacia en que su noble rival ganase con su espada los honores del triunfo.

Rugier lanzándose impávido á lo mas recio de la pelea parecia el genio de la muerte que iba sembrando por do quiera el terror y la desolacion.

La lucha se habia hecho general, encarnizada, mortífera.

Unos y otros peleaban con incansable denuedo.

—A mí, bizarros castellanos, á mí! gritó Rugier con feroz acento y picando espuelas á su caballo cayó á escape sobre lo mas compacto de sus enemigos. Los que le seguian imitaron su accion y aquellos comenzaron á retroceder.

El ejemplo del capitan habia inspirado á todos los que iban con él un valor que rayaba en heroismo.

Pero de pronto y sin saber cómo, desembocaron por un sitio ignorado mas de trescientos hombres de á caballo y de á pié, á cuyo frente marchaba un guerrero vestido como un simple soldado, sin enseña en el escudo, sin ninguna clase de distintivo. Si en algo se diferenciaba de los demás era solo por su noble apostura, por su valor y por las muestras de respeto y confianza con que todos le distinguian.

Aquel hombre capitaneando á los suyos se arrojó sobre el cuerpo de ejército que mandaba Rugier. Viéndose este acometido por la espalda mandó hacer una discreta evolucion y se dispuso á combatir con los unos y los otros.

D. Lope que fué testigo de aquella inesperada escena trató de acudir luego en defensa de Rugier.

El rey D. Fernando empezó tambien á ponerse en movimiento haciendo avanzar al cuerpo de reserva que á sus espaldas tenia.

El combate habia tomado una nueva faz y la lucha comenzaba de nuevo mas fiera y mas terrible que antes.

En medio de ella Rugier de Lauriga cuyo ardor no se mitigaba un momento, se vió de pronto rodeado de innumerables enemigos. Su espada estaba tinta en sangre y su coraza lleno de abolladuras.

Su caballo se encabritaba indócil al freno, y envuelto en un monton de cuerpos mutilados que habian probado en hora infausta la indomable pujanza del capitan.

Cualquiera hubiese dicho que Rugier estaba irremisiblemente perdido.

El mismo gefe de sus acometedores, el guerrero sin divisa que habia llegado como por encanto al teatro en donde se realizaba tan sangrienta escena se puso al frente de Lauriga y le acometió con bárbara furia. Sus espadas chocaran arráncandose chispas de luz y sus petos y cascos resonaron en horrible martilleo.

El desconocido parecia deseoso de sostener con Lauriga un duelo singular y así lo dió entender con un ademan imperioso que hizo retroceder á su gente. Rugier respiró entonces con algo mas de libertad y se dispuso á sostener aquel duelo.

Los dos mantenedores volvieron á redoblar sus ataques; parecia que sus fuerzas no habian de agotarse nunca y que la victoria suspensa al ver tanto valor no podia decidirse por ninguno de ellos.

Pero Rugier fué al fin mas dichoso.

Cansado de tirar estocadas que eran siempre eludidas cogió con ambas manos su acero, se afirmó en los estribos y dió un golpe tan recio sobre la cabeza de su contrario, que este atontado por completo y no pudiendo resistir á la violencia de aquel golpe se bamboleó un momento sobre su silla y cayó hácia atrás lanzando una horrible maldicion.

Rugier puso la punta de su espada sobre el rostro de su adversario; pero al caer este en tierra se aflojaron las hebillas de su casco y Rugier de Lauriga pudo ver su rostro descubierto.

El capitan lanzó á su vez otro grito de pavor y de asombro. El caballero que acababa de caer á sus piés era el joven Adrian de Montalvo, hermano de su idolatrada Catalina.

CAPITULO XXVIII.

—Mátame! dijo Adrian al verse vencido y deseando en efecto que su odiado vencedor le arrancase la vida.

—Adrian! mi hermano! gritó al mismo tiempo Lauriga separando su espada y bajándose del caballo.

Pero Adrian que no estaba herido y sí un poco magullado, se levantó tan pronto como pudo y acercándose al capitan contestó con feroz acento:

—Cállate, blasfemo! miserable, cállate! Tus labios de Cain no pueden, no deben pronunciar el nombre de hermano. Capitan Rugier, ¿qué has hecho de Catalina de Montalvo? responde.

—Y tú qué has hecho de mi esposa? preguntó Rugier con profundo sentimiento.

—Mientes! mi hermana no ha sido nunca tu esposa. Quién ha podido concedértela?

—Dios.

—¿Y quién sin mi permiso podía unir tu mano con la suya?

—Un ministro de Dios, un alto y venerable prelado.

—Imposible! ¿quién había de apadrinar esa boda?

—Una reina.... la reina Doña Blanca.

Adrian iba caminando de sorpresa en sorpresa, mas no por esto se mitigaba su profundo rencor.

—Y aunque así fuera, prosiguió, aunque la reina Doña Blanca os hubiese unido, era esa razon bastante para que robándola y abandonándola luego me la matases de dolor? Oh! defiéndete! defiéndete!.... tú y yo no podemos caber en el mundo.

—Detente, desdichado; exclamó Rugier conteniendo los ímpetus de un enemigo á quien amaba con toda el alma. Yo no te robé á Catalina, fué á mí á quien se la robaron. ¿Quién ha podido decirte que yo la abandoné?

—Quien no puede mentir como tú.

—Perdono tus ofensas, porque te han vuelto el juicio, Adrian; pero si un día vuelves á ver á Catalina ella podrá decirte todo lo que ha pasado. Entre tanto puedes matarme si gustas; estoy resuelto á no batirme contigo.

—Verla! y cuándo he de verla?

Montalvo pronunció estas frases con desgarrador acento: Rugier continuó así:

—Ella te dirá que la persona que nos ha separado no dice mas verdad que yo que te estoy hablando con el corazon en la mano.

—Pero es cierto que vive mi hermana? espícate.

—Vive y se halla en poder de un monstruo.

—Y quién es ese monstruo? acaba.

—La persona que sin duda te anunció su muerte.

—Su nombre! dime pronto el nombre de esa persona.

—Ana de Sobradiel, condesa de Cinco-Villas.

—Oh!

Adrian se cubrió el rostro con ambas manos y creyó que iba á volverse loco. Las palabras de Rugier dichas con el mas profundo acento de conviccion, trajéronle á la memoria aquellas otras palabras pronunciadas por el pobre Gonzalo, poco antes de caer moribundo á sus plantas. Gonzalo habló de la perfidia de Doña Ana y Adrian empezaba tal vez á reconocerla.

Mientras esto acontecía el de Haro que habia volado en socorro de Lauriga puso en dispersion á los trescientos hombres acudillados por Adrian, que con los que habian salido de Tordehumos iban retrocediendo y penetrando en la villa.

Los pocos que quedaban en torno de Adrian y de Rugier se vieron cercados de pronto por las tropas de D. Lope.

—Sálvate, Adrian, dijo Lauriga tratando de franquearle el paso.

—No, respondió el hermano de Catalina; dirán

que he sido un cobarde porque no os he muerto á pesar de haberlo jurado.

—Pero Catalina está en Tordehumos, Catalina os espera, os llama, y no correis á vengarla? Oh! volad, Montalvo, volad y desengañaos. Salvadla y ved al mismo tiempo lo que es la mujer á quien amais.

D. Lope estaba ya tan cerca, que sus gritos y sus amenazas eran oídos perfectamente por todos.

Rugier cogió entonces un brazo de Montalvo y mostrándole el caballo en que antes montaba le gritó con poderoso acento:

—Si no quereis ser mi hermano, ni aun siquiera mi amigo, sea en buen hora; pero si sois un hombre honrado y pundonoroso; si nó en vano circula por vuestras venas la misma sangre que circula por las de Catalina; si no quereis ser esposo de una mujer que os desprecia, tanto como me aborrece á mí, procurad cuando menos devolverme la honra que me robais. Soy el legítimo dueño de vuestra hermana y me estais calumniando.... Pues bien, partid á Tordehumos, indagad, enteraos de lo que pasa; y si sois justo devolvedme vuestra estimacion. Si no os convenceis, tiempo tendremos de realizar nuestro duelo; nos batiremos á muerte y Dios resolverá.

Adrian montó á caballo y dijo:

—Confio en la justicia de Dios; dentro de un mes nos veremos en Zaragoza.

—Paso al prisionero! gritó el capitán protegiéndole y dejándole escapar; y montando á caballo y dirigiéndose á D. Lope que acababa de ponerse á su lado, exclamó:

Era mi hermano! dejadle en paz; y ahora si gustais, al asalto, á la muralla!

—A la muralla! al asalto! gritaron centenares de guerreros convirtiéndose en eco de aquellas palabras que repitió inmediatamente el ejército sitiador en masa.

Entonces se desplegó una increíble actividad: los unos corrieron á cegar los fosos, los otros lanzaron al aire escalas que se aferraban á las piedras del muro que circundaban la plaza, y los otros batían con fuertes arietes la puerta por donde Adrian y los demás sitiados acababan de entrar. Rugier, D. Lope y muchos gerreros empezaron á subir por las escalas, y miles de piedras, de lanzas, de toda clase de armas cruzaron el espacio mezclándose con las imprecaciones y los dicterios y los ayes de agonía que lanzaban algunos moribundos.

—Al muro, al asalto! gritaba Rugier próximo á penetrar por una brecha que D. Lope á viva fuerza acababa de abrir.

—Castilla por el rey D. Fernando! exclamaban.

—Castilla por D. Juan! mueran! mueran! repetía por detrás de la brecha un fraile que en compañía de D. Juan de Lara y de algun otro personaje procuraba infundir aliento á los soldados y vecinos de Tordehumos.

En este instante resonó por todas partes un grito de admiracion y de espanto, y se vió brotar de lo alto de la fortaleza una inmensa columna de humo, que elevándose magestuosa en medio de los

aires se esparció por el firmamento. Luego se iluminaron los contornos del castillo y se vieron lucir las llamas de un voraz incendio. El de Lara palideció, sus gentes cesaron de combatir, y algunos segundos despues vió el rey Fernando que una bandera blanca, enseña de paz, flotaba encima de las murallas. Los sitiados pedían una tregua con ánimo de conferenciar y el rey la concedió. Veamos ahora lo que habia originado tan imprevisto cambio y las causas que impulsaban al de Lara para tratar de conseguir alguna avenencia.

CAPITULO XXIX.

El de Lara habia recibido el dia anterior un correo de Valencia que le trajo instrucciones del infante Don Juan.

Además de otras varias le hacia las prevenciones siguientes:

Debía procurar entretener al rey evitando en cuanto le fuese posible los efectos de una acometida ó de uno ó mas combates parciales.

En caso desesperado debía proponer un armisticio. El infante queria reclutar gente para luchar con armas iguales y con idénticas fuerzas.

Era preciso que se apoderase de una mujer que estaba presa y en poder de un fraile llamado el padre Gerardo. En cuanto á este era indispensable deshacerse de él á todo trance porque era poseedor de secretos de mucha importancia.

D. Juan de Lara sintió un verdadero placer al enterarse de esta cláusula porque aborrecía de muerte al fingido padre Gerardo.

Por eso guardó silencio y continuó leyendo las órdenes que le comunicaba D. Juan.

“En cuanto á la mujer que está presa, decia, debo prevenirlos que es un enemigo astuto, fuerte y poderoso. Fué capturada por medio del padre Gerardo (cuya persona os autorizo para hacer de ella lo que querais) y existe encerrada en uno de los sótanos del castillo. Apoderaos de esa mujer sin que lo sepa el fraile, que al fin y al cabo ha sido su amigo, y enviádmela bien escoltada. Necesito que esté en Valencia lo antes posible, porque tengo con ella una cuenta pendiente.”

—Quién será esta mujer? se preguntó el de Lara con no escasa curiosidad; mas luego encogiéndose de hombros añadió: bah! pronto podré averiguarlo.

D. Juan de Lara hizo llamar á uno de sus servidores.

—Haced que venga inmediatamente el alcaide del castillo.

El doméstico salió y un cuarto de hora mas tarde penetró solo en la estancia de su señor.

—El alcaide de la fortaleza, dijo, no está en Tordehumos; se le ha buscado y no parece por ninguna parte.

—Pues decid que venga el padre Gerardo.

—Tampoco se encuentra en la villa; sin duda han debido salir con intento de esperar al caballero que ha ido al campo enemigo.

—Está bien; que venga el llavero del castillo.

El bueno de Pero Hernandez fué introducido despues á presencia de D. Juan de Lara.

—Quién eres? le preguntó este con acento imperativo.

—Llavero de la fortaleza, señor.

—Tienes las llaves en tu poder?

Pero Hernandez se atuvo á las instrucciones que le habia dado Gonzalo y contestó negativamente.

D. Juan de Lara dió un puñetazo sobre una mesa junto á la cual se hallaba sentado, y Pero Hernandez retrocedió temeroso de haber despertado las iras de aquel encopetado señor.

—Escucha, dijo el de Lara dominando su cólera: ¿sabes por ventura en qué sitio está encerrada la dama que condujo hasta aquí hace algun tiempo el padre Gerardo?

(Se continuará.)

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

El engaño reina en la corte apoyado sobre la mentira y la adulacion.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

